

PARCELA 178. CANADIENSE DE CHICOS

Daniel, Sergio, Saúl y Mario

Si te cruzas con él, te das cuenta de que tiene algo que le hace especial. No es su mandíbula marcada, ni sus rasgos definidos o su cuerpo perfecto, esos que no necesitan gimnasio para destacar. Es otra cosa. Si le miras, hay algo en el fondo de sus ojos que no deja indiferente a nadie y te hace sentir un poco incómodo.

Es Mario.

—Bueno, pues yo me voy.

—¿Cómo qué te vas? Estamos montando.

—Joder, contigo.

Pues seguid. ¿Quién os ha traído? Yo, ¿verdad? Pues ahora os toca a vosotros montar la tienda y todas esas mierdas. Me voy al pueblo a por pasta, que, por ir a buscaros, no me ha dado tiempo a sacar dinero.

No admite réplica, se vuelve y se va, haciendo sonar las llaves. Sus amigos se miran entre sí un poco molestos.

Mario conduce hasta el pueblo. Lo recorre despacio, varias veces, ser cuidadoso es fundamental. Cuando encuentra el lugar perfecto, aparca y prepara lo que necesita. Siente la adrenalina. No le gusta tener que hacer esto, pero si quiere pasar un buen fin de semana, necesita dinero. Todos lo llevan, lo han comentado en el viaje. Todos menos él. Como siempre.

Se apoya en una pared, finge leer el móvil, pero en realidad está estudiando a cada persona, cada posible objetivo, hasta

que le ve. Cincuenta y muchos, bañador y camiseta de marca, peso generoso... Perfecto. En los hombros su objetivo, un bolsito de esos de hombre de aspecto ridículo, que sirve para guardar todo lo importante de la vida. Las tarjetas, el dinero, el móvil y las llaves del coche. Todo junto en un trozo de piel tan apetecible que se siente excitado.

El hombre se acerca al cajero y oculta con el cuerpo sus dedos mientras teclea. Coge el dinero y lo guarda de forma precipitada en la bandolera.

Mario, mientras, camina hasta él. El truco del tropiezo, cae al suelo casi a su lado de forma muy aparatosa, gritando de dolor. Él se inclina para ayudarlo a levantarse, dejando que el bolso se balancee sin control en el hombro derecho. No le ha dado tiempo a cruzarlo sobre su cuerpo. Nota un cuchillo.

—Ni te muevas o te rajo —murmura en su oído.

Nota la punzada en el estómago, no es capaz de reaccionar, las manos ágiles del chico consiguen hacerse con la bandolera. Todo ocurre muy rápido, su destreza es sorprendente. Sale corriendo. Le ha robado. Tarda en reaccionar, diez, veinte segundos. Sigue al joven, pero le pierde de vista tras volver la esquina. Ha desaparecido. Sigue corriendo mientras maldice.

—¡Joder, joder joder! ¡La madre que te parió, hijo de puta!

Mira a su alrededor, no sabe cómo ha podido desaparecer. Ve un grupo familiar y les pregunta si han visto a un chaval correr. Nada, pese a todo él sigue. Se ha esfumado. Ha desaparecido. Le entran unas tremendas ganas de llorar. Se ahoga, no controla el esfuerzo, resopla, le duele el costado, como si en verdad le hubiera clavado el cuchillo. Descansa un instan-

te, doblando su cuerpo, apoyando las manos en las rodillas. Maldice al chaval.

Mario se ha escondido en un portal que previamente había dejado mal cerrado, con una cuña casi invisible. Se quita la gorra y la sudadera roja que lleva puesta, hace una pelota con ellos y los arroja al contenedor de vidrio que tiene enfrente. Antes de salir del portal, guarda el bolso robado en su pantalón, cubierto con la camiseta, ahora negra, lisa, discreta. Camina despacio, fingiendo una cojera que no tiene, y el brazo derecho sujetando su tesoro, en una posición absurda. Desdibuja los rasgos de su cara con una mueca forzada. Varias personas se fijan en él, es lo que quiere. Continúa caminando hasta llegar al garaje sin barrera de la urbanización en la que ha escondido su coche.

La están rematando, los pisos, aún por entregar, no tienen vigilancia. En el garaje solo dos plazas ocupadas; una furgoneta de una empresa de pintura con el portón abierto y su coche, casi oculto entre los montones de plásticos y cartones de los muebles de cocina que han colocado en los pisos.

Abre la mariconera: varias tarjetas, recibos, quinientos euros, un *iphone* nuevecito y una llave inconfundible que tiene el anagrama de BMW. Se cambia de nuevo la camiseta y la gorra. Sale del garaje caminando. Las tarjetas y el móvil los arroja a un contenedor. Sabe que la poli los rastreará y no puede quedarse con ellos, una pena.

Presiona el mando cada vez que ve un coche aparcado de esa marca, hasta que suena el pitido. Ha costado un rato, pero lo ha encontrado, ya empezaba a pensar que estaba encerrado en un garaje. Es un BMW estupendo. Entra sonriendo, va-

lorando su precio, mientras sale despacio del pueblo. El automóvil obedece a su nuevo dueño sin rechistar, buen chico. Aún es pronto para que la policía lo busque. Aparca en una gasolinera, saca un móvil de prepago y manda la localización, después esconde la llave y el aparato bajo la alfombrilla del conductor y regresa caminando hasta su propio coche. Su trabajo ha terminado.

Tiene hambre. Antes de parar a comprar un bocadillo se quita el esparadrapo que cubre la cara interna de sus manos y la yema de los dedos. Lo aprendió en la tele, es muy efectivo. Ni una huella. Regresa al camping. Sonríe, ha salido todo de puta madre. Va comiendo mientras da golpecitos al volante.

Se siente bien, mejor que bien.